

Miguel de
Cervantes
El curioso
impertinente
El cautivo

Director de la colección  
Fernando Carratalá

Miguel de  
Cervantes

El curioso  
impertinente

El cautivo

Edición de  
Florencio Sevilla

---

  
CASTALIA  
**PRIMA**



CASTALIA  
EDICIONES

es un sello propiedad de



Diputación, 262, 2ª1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

E-mail: [info@castalia.es](mailto:info@castalia.es)

Consulte nuestra página web:

<https://www.castalia.es>

<https://www.edhasa.es>

Edición original en Castalia: 2002

Primera edición: abril de 2022

© de la edición: Florencio Sevilla, 2002

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2022

Ilustración de la cubierta: Tintoretto: *Episodio de una Batalla entre turcos y cristianos* (detalle), Museo del Prado, Madrid

Diseño gráfico: RQ

ISBN 978-84-9740-898-1

Depósito Legal B 6197-2022

Impreso en Liberdúplex

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprógraficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

# Índice

---

PRESENTACIÓN .....	7
EL CURIOSO IMPERTINENTE .....	15
EL CAUTIVO .....	85
Guía de lectura .....	151
Glosario .....	159
Bibliografía .....	175
Criterios de edición .....	177
El editor .....	179

## Presentación

### 1. Época: la Edad de Oro

Miguel de Cervantes nace a mediados del siglo XVI (1547) y muere en la segunda década (1616) del XVII. Le toca vivir, pues, en la España de Felipe II y Felipe III: uno de los periodos más oscuros de nuestra historia, a la vez que, paradójicamente, el más resplandeciente de nuestra literatura. Más en concreto, el autor desarrolla su actividad literaria, aproximadamente, en los cincuenta años centrales de lo que solemos denominar **Siglos de Oro**: en los últimos veinte años del siglo XVI y en los dieciséis primeros del XVII; justamente a caballo entre el **Renacimiento** y el **Barroco** o, lo que es lo mismo, en el eje central tanto de la decadencia imperial como del máximo esplendor de nuestra literatura clásica. Pero no sólo es que le tocara tal coyuntura histórica y cultural, sino que la vida y la obra de Cervantes son el mejor exponente de ambos extremos: acaso, el hombre más desafortunado de su época; con absoluta seguridad, nuestro mayor escritor de todos los tiempos.

Desde el punto de vista político, en efecto, durante el periodo aludido, la España Imperial, con todo su esplendor, es conducida hasta su desmoronamiento definitivo: en los últimos años de Felipe II merma alarmantemente la hegemonía exterior (Armada Invencible); luego, con Felipe III, arrecia el resquebrajamiento interior y, en fin, con el cuarto Felipe cuaja la ruina más absoluta (separación de Portugal, independencia

de Holanda, etc.); la paz de Westfalia (1648) daría la puntilla a un Imperio decadente desde hacía muchos años. Las guerras exteriores, la presión de los banqueros extranjeros, la emigración a las Indias, la despoblación del campo, las pestes, la expulsión de los moriscos... sumieron ciertamente al país en una insalvable penuria económica luego agravada por el gobierno veleidoso de los grandes validos y privados (el duque de Lerma o el conde-duque de Olivares).

Simultáneamente, el humanismo renacentista, tan abierto de miras y tan impregnado de las ideas erasmistas, queda soterrado por los afanes contrarreformistas hispanos. Los españoles seguirán inmersos en su obsesión casticista de cuño religioso, con sus distingos entre cristianos viejos y nuevos (judíos y moros convertidos al catolicismo), según marcan los consabidos estatutos de limpieza de sangre, atizando así vivamente el malestar social (comercio de títulos nobiliarios, represión inquisitorial, expulsión de los moriscos, etc.) e impidiendo el desarrollo económico (exención de tributos a los nobles, desprecio del trabajo manual, condena de la actividad financiera, etc.). La decadencia histórica estaba garantizada desde todos los frentes: político, militar, económico, social, religioso..., pero de ella germinaría la Edad Dorada de nuestra literatura clásica.

Efectivamente, como ya anticipamos, en claro contraste con la crisis generalizada, durante los años que nos ocupan escriben nuestros autores más sobresalientes (Fray Luis, Alemán, Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo, etc.) y, como consecuencia, ven la luz las obras clásicas por excelencia de nuestra historia literaria (el *Guzmán de Alfarache*, *Fuenteovejuna*, las *Soledades*, el *Buscón*... y, claro está, el *Quijote*), a la vez que se perfilan definitivamente sus grandes géneros: la novela moderna, el teatro clásico y la poesía lírica. Gracias a tan frenética y fructífera actividad creativa, el legado renacentista,

de ascendente italiano, se aclimata definitivamente a la cultura hispana impuesta por las circunstancias históricas antes reseñadas: la literatura adquiere el cuño «áureo» del **Barroco** y, en consecuencia, las grandes ficciones idealistas del quinientos ceden su espacio a una cosmovisión desilusionada y pesimista, donde parecen imperar sólo el engaño y el desengaño; en la misma línea, los perfiles rectilíneos y heroicos del XVI se ven suplantados por un canon artístico cifrado en el extremismo y la desproporción, sin más objetivos que el retorcimiento y la distorsión; y, por el mismo camino, el «escribo como hablo», tenido por ideal estilístico desde Valdés, deja paso al conceptismo y al culteranismo, encaminados a potenciar y complicar al máximo las posibilidades ya semánticas, ya estéticas, del lenguaje.

Pero mucho más importante que todo eso, por lo que aquí nos interesa, es notar que Cervantes se desarrolló en el cogollo mismo de esa coyuntura histórico-cultural; y no sólo eso, sino que la protagonizó, la sufrió y rentabilizó como ningún otro: la protagonizó encarnando biográficamente el viejo ideal de la conjunción entre armas y letras que, si de un lado, lo animaría a alistarse como soldado y participar, no sin orgullo imperialista, en Lepanto, de otro lo arrojaría a competir literariamente en los tres grandes géneros a partir de una formación claramente renacentista; la sufrió —decíamos—, pagando sus ínfulas imperialistas con un cautiverio seguido de un penoso cargo de recaudador de abastos, a la vez que teniendo que ceder terreno creativo ante el empuje de Lope de Vega en teatro y ante los grandes poetas del tiempo; y, en fin, la rentabilizó —dijimos también—, concibiendo una literatura sin parangón, siempre apegada a la realidad de su tiempo y siempre comprometida con el experimentalismo estético, que lo convertiría en el escritor inmortal que es. Sin duda alguna, en la trayectoria que va de *La Galatea* (1585) al *Persiles* (1617), pasan-

do por el *Quijote* y las *Ejemplares*, se plasma, mejor que en las obras de ningún otro escritor, el proceso que va del Renacimiento al Barroco, pasando ahora por el Manierismo. Claro que Cervantes es Cervantes y, aun alzándolo como exponente inconfundible de su tiempo y de la literatura de su época, sus creaciones quizás no sean ni renacentistas, ni manieristas ni barrocas; al menos, trascendieron con mucho a su tiempo y desde hace mucho son, simplemente, cervantinas.

## 2. *El Quijote y las novelas intercaladas*

Considerado en su conjunto, el *Quijote* ofrece una anécdota muy sencilla, unitaria y bien trabada: un hidalgo manchego, enloquecido por las lecturas caballerescas, da en convertirse en caballero andante y sale tres veces de su aldea en búsqueda de aventuras —auténticos disparates siempre—, hasta que, desengañado de su desvaríos caballerescos y agotado por los encontronazos con la realidad, regresa a su casa, enferma y recobra el juicio. Sin embargo, el conjunto de la trama no está diseñado de un tirón, sino que responde a un largo proceso creativo, de unos veinte años, un tanto sinuoso y accidentado: cabe la posibilidad de que Cervantes ni siquiera imaginara en los inicios cuál sería el resultado final; incluso, bien pudiera ser que pensase primero en escribir una «novela corta», al modo de las *Ejemplares*, la cual iría creciendo al compás de su elaboración literaria.

El genial novelista consiguió unificar esas tentativas tan variopintas en un argumento global, alimentado por la parodia de los libros de caballerías y regido por la locura idealista del viejo hidalgo, en cabal contraste con el zafio realismo de su escudero Sancho Panza (incluso esa dicotomía inicial se irá limando y armonizando en el transcurso de la narración).

En tan notable esfuerzo de armonización global de componentes, encaminado a la creación de una obra unitaria y uniforme, las novelas intercaladas —y muy especialmente las que aquí editamos— hubieron de suponer uno de los mayores obstáculos, pues no dejan de aportar un peso muerto al conjunto, como bien denunciaron sus contemporáneos y reconoció el propio Cervantes.

Al margen ya de su grado de integración en la acción principal, salta a la vista que *El curioso impertinente* y *El cautivo* son las dos novelitas más relevantes de las integradas en el *Quijote*. Aunque aparentemente parecen responder a concepciones radicalmente opuestas, dado que la primera se nos brinda como pura ficción, en tanto que la segunda se nos cuenta como historia vivida realmente —diríamos que una está pensada *a fantasía* y la otra *a noticia*—, la verdad es que ambas pueden considerarse como auténticas «novelas ejemplares», al modo de las publicadas en el tomo de 1613, pergeñadas desde los presupuestos literarios más nítidamente cervantinos: se trata de casos cifrados en el justo equilibrio entre la admiración y la verosimilitud, sin descuidar nunca una comedia moralidad que no dejará de resultar discutible. Por lo demás, las dos añaden nuevos «sucesos de amor» que amplifican y enriquecen al resto de los contados en el conjunto del *Quijote*.

Así, *El curioso impertinente*, recrea el tema de los dos amigos —ya tratado por Cervantes en *La Galatea* (Timbrio y Silerio), aunque con final bien distinto— en Florencia, adobándolo con varios motivos propios de la novela corta a la italiana, alguno de procedencia boccacesca: el triángulo amoroso, el marido burlado, la prueba de la virtud, etc. Con esos materiales, elabora una historia, en la línea del «amante liberal» o del «celoso extremeño», basada en la locura «curiosa e impertinente» de su protagonista, que no deja de admirarnos y aleccionarnos como en la mejor de las «ejemplares». Resulta que Anselmo, amigo in-

separable de Lotario, fuerza a éste a que ponga a prueba, sin motivo alguno, la fidelidad de su propia esposa Camila, obligándolo, en nombre de la amistad que los une, a que la corteje y agasaje. A pesar de la negativa inicial de Lotario y de la honestidad irreprochable de la recién desposada, la obstinación e impertinencia de Anselmo es tal, que, pasado algún tiempo, el amigo y la esposa terminan enamorándose. Aunque en un principio logran engañar al marido, un malentendido provoca que se descubra la verdad y Anselmo muere desesperado por su «necio e impertinente deseo», en tanto que Lotario pierde la vida como soldado y Camila víctima de sus «tristezas y melancolías». Tan solo el final trágico, acaso impuesto por la gravedad del tema, desdice de los desenlaces felices (excepto en el caso del *Celoso*) propios de las ejemplares; por lo demás, parece claro que la novelita se ideó, al margen del *Quijote*, en la línea de aquéllas.

La historia del *Capitán cautivo*, muy al contrario, se nos brinda como un caso admirable, pero realmente vivido, que nos traslada al mundo argelino del Cervantes cautivo y autor de *Los tratos* y de *Los baños*. Ahora, se combinan hábilmente elementos cuentísticos (el mismo comienzo: «En un lugar de las montañas de León...») o novelescos (la caña con monedas), cuando no piadosos (Zoraida: la hija traidora, a la vez que redentora), con otros históricos (batalla de Lepanto, personajes citados) y aun autobiográficos (cautiverio, preparación de la fuga, ataque de los corsarios). Y, por supuesto, todos ellos se ven magistralmente adobados en el curso de la novela, otra vez, admirablemente «ejemplar» que urden. Se trata aquí de la suerte adversa que corre uno de los tres hijos, Ruy Pérez de Viedma, de un hidalgo montañés por haber elegido el ejercicio de las armas. Como Cervantes, es cautivado por los corsarios berberiscos tras la batalla de Lepanto y conducido a los baños argelinos. Una vez allí, la hija de un moro rico, Zoraida, le su-

ministra dinero para que compre su libertad y regrese a España, con la condición de que se la traiga y se case con ella. El cautivo acepta y, junto con un grupo de compañeros, logran alcanzar las costas españolas sin más contratiempo que el asalto de unos corsarios sin mayores consecuencias. Luego resulta que, apenas acabado el relato, llega a la venta un oidor que no es sino Juan Pérez de Viedma, el hermano letrado del cautivo. También en este caso, pese a los componentes históricos y autobiográficos, la riqueza de peripecias, la rareza del caso y el perfil admirable de los protagonistas (tanto el capitán como Zoraida) nos inducen a pensar que la novelita se concibió desde los mismos presupuestos que las consabidas *Ejemplares*.

El curioso  
impertinente

[...]

Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo:

—Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos.

Sacólos el huésped,<sup>1</sup> y, dándoselos a leer, vio hasta obra de<sup>2</sup> ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían un título grande que decía: *Novela del curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres o cuatro renglones y dijo:

—Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella<sup>3</sup> toda.

A lo que respondió el ventero:

—Pues bien puede leella su reverencia, porque le ha-go saber que algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela<sup>4</sup> a quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles; que bien puede ser que vuelva su

<sup>1</sup> *huésped*: se refiere al ventero, como hospedador que es, pues el término denominaba tanto al hospedado como al hospedador. <sup>2</sup> *obra de*: alrededor de, aproximadamente. <sup>3</sup> *leella*: 'leerla', por asimilación de la -r final del infinitivo con la l- inicial del artículo. <sup>4</sup> *volvérsela*: devolvérsela.

dueño por aquí algún tiempo, y, aunque sé que me han de hacer falta los libros, a fe que se los he de volver: que, aunque ventero, todavía soy cristiano.<sup>5</sup>

—Vos tenéis mucha razón, amigo —dijo el cura—, mas, con todo eso, si la novela me contenta, me la habéis de dejar trasladar.<sup>6</sup>

—De muy buena gana —respondió el ventero.

Mientras los dos esto decían, había tomado Cardenio la novela y comenzado a leer en ella; y, pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen.

—Sí leyera —dijo el cura—, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

—Harto reposo será para mí —dijo Dorotea— entre tener el tiempo oyendo algún cuento, pues aún no tengo el espíritu tan sosegado que me conceda dormir cuando fuera razón.

—Pues, desa<sup>7</sup> manera —dijo el cura—, quiero leerla, por curiosidad siquiera; quizá tendrá alguna<sup>8</sup> de gusto.

Acudió maese<sup>9</sup> Nicolás a rogarle lo mismo,<sup>10</sup> y Sancho también; lo cual visto del<sup>11</sup> cura, y entendiendo que a todos daría gusto y él le recibiría, dijo:

—Pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera:

<sup>5</sup> *ventero... cristiano*: porque tenían mala reputación y se decía que solían ser moriscos. <sup>6</sup> *trasladar*: copiar. <sup>7</sup> *desa*: 'de esa', por aglutinación de la preposición *de* con el demostrativo. <sup>8</sup> *alguna*: 'alguna curiosidad', como pide el zeugma. <sup>9</sup> *maese*: 'maestro', según el tratamiento habitual, aunque no exclusivo, de los barberos. <sup>10</sup> *mesmo*: 'mismo', debido a la vacilación vocálica de la época. <sup>11</sup> *visto del*: visto por el.

## CAPÍTULO XXXIII

### *Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente*

«En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana,<sup>12</sup> vivían Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que, por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocían “los dos amigos”<sup>13</sup> eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa a que los dos con recíproca amistad se correspondiesen. Bien es verdad que el Anselmo<sup>14</sup> era algo más inclinado a los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero, cuando se ofrecía, dejaba Anselmo de acudir a sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir a los de Anselmo; y, desta<sup>15</sup> manera, andaban tan a una sus voluntades, que no había concertado reloj que así lo anduviese.

<sup>12</sup> *Toscana*: región de la Italia central. <sup>13</sup> “*los dos amigos*”: se trata del motivo central de un cuento tradicional que Cervantes ya había desarrollado en *La Galatea* (“Timbrio y Silerio”). <sup>14</sup> *el Anselmo*: el artículo se antepone, quizá, para recrear el ambiente italiano. <sup>15</sup> *desta*: de esta.

»Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacía, de<sup>16</sup> pedilla<sup>17</sup> por esposa a sus padres, y así lo puso en ejecución; y el que llevó la embajada fue Lotario, y el que concluyó el negocio tan a gusto de su amigo, que en breve tiempo se vio puesto en la posesión que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado a Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo, y a Lotario, por cuyo medio tanto bien le había venido.

»Los primeros días, como<sup>18</sup> todos los de boda suelen ser alegres, continuó<sup>19</sup> Lotario, como solía, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle<sup>20</sup> con todo aquello que a él le fue posible; pero, acabadas las bodas y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario a descuidarse con cuidado<sup>21</sup> de las idas en casa de Anselmo, por parecerle a él —como es razón que parezca a todos los que fueren discretos— que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque, aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, cuanto más de los amigos.

»Notó Anselmo la remisión<sup>22</sup> de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casar-

<sup>16</sup> *se determinó... de*: se determinó... a. <sup>17</sup> *pedilla*: pedirla. <sup>18</sup> *como*: dado que. <sup>19</sup> *continuó*: frecuentó, siguió visitando. <sup>20</sup> *-alle*: -arle. <sup>21</sup> *descuidarse con cuidado*: dejar de atender intencionadamente. <sup>22</sup> *remisión*: disminución de las visitas.

se había de ser parte para no comunicalle<sup>23</sup> como solía, que jamás lo hubiera hecho, y que si, por la buena correspondencia que los dos tenían mientras él fue soltero, habían alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del<sup>24</sup> circunspecto, sin otra ocasión<sup>25</sup> alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así, le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese a ser señor de su casa, y a entrar y salir en ella como de antes,<sup>26</sup> asegurándole que su esposa Camila no tenía otro gusto ni otra voluntad que la que él quería que tuviese, y que, por haber sabido ella con cuántas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquivanza.<sup>27</sup>

»A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo a Lotario para persuadirle volviese como solía a su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreción y aviso,<sup>28</sup> que Anselmo quedó satisfecho de la buena intención de su amigo, y quedaron de concierto que dos días en la semana y las fiestas fuese Lotario a comer con él; y, aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer más de<sup>29</sup> aquello que viese que más convenía a la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en más que el suyo propio.<sup>30</sup> Decía él, y decía bien, que el casado a quien el cielo había concedido mujer hermosa, tanto cuidado había de tener qué amigos llevaba a su casa como en mirar con qué amigas su mujer

<sup>23</sup> *comunicalle*: tratarle. <sup>24</sup> *hacer del*: hacerse el, parecer. <sup>25</sup> *ocasión*: causa, motivo. <sup>26</sup> *como de antes*: igual que antes. <sup>27</sup> *esquivanza*: desdén. <sup>28</sup> *aviso*: sagacidad. <sup>29</sup> *no hacer más de*: no hacer más que, hacer sólo. <sup>30</sup> *proprio*: propio.

conversaba, porque lo que no se hace ni concierto en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones<sup>31</sup> —cosas que no todas veces las han de negar los maridos a sus mujeres—, se concierto y facilita en casa de la amiga o la parienta de quien más satisfacción<sup>32</sup> se tiene.

»También decía Lotario que tenían necesidad los casados de tener cada uno algún amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido a la mujer tiene, o no le advierte o no le dice, por no enojalla,<sup>33</sup> que haga o deje de hacer algunas cosas, que el hacellas o no, le sería de honra o de vituperio; de lo cual, siendo del amigo advertido, fácilmente pondría remedio en todo. Pero, ¿dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo, por cierto; sólo Lotario era éste, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo y procuraba dezmar,<sup>34</sup> frisar<sup>35</sup> y acortar<sup>36</sup> los días del concierto del ir a su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso y a los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenía, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila; que, puesto que<sup>37</sup> su bondad y valor podía poner freno a toda maldiciente lengua, todavía<sup>38</sup> no quería poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los más de los días del concierto los ocupaba

<sup>31</sup> *estaciones*: visitas devotas a las iglesias. <sup>32</sup> *satisfacción*: confianza.  
<sup>33</sup> *enojalla*: enojarla. <sup>34</sup> *dezmar*: o *diezmar*, 'menguar, disminuir en un diez por ciento'. <sup>35</sup> *frisar*: mermar, disminuir. <sup>36</sup> *acortar*: disminuir el número.  
<sup>37</sup> *puesto que*: aunque. <sup>38</sup> *todavía*: sin embargo, a pesar de todo.

y entretenía en otras cosas, que él daba a entender ser inexcusables. Así que, en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del día.

»Sucedió, pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo a Lotario las semejantes razones:

»—Pensabas, amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos y al darme, no con mano escasa, los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna,<sup>39</sup> no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido,<sup>40</sup> y sobre<sup>41</sup> al que me hizo en darme a ti por amigo y a Camila por mujer propia: dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo. Pues con todas estas partes,<sup>42</sup> que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé qué días<sup>43</sup> a esta parte me fatiga y aprieta<sup>44</sup> un deseo tan extraño, y tan fuera del uso común de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño a solas, y procuro callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos; y así me ha sido posible salir con<sup>45</sup> este secreto como si de industria<sup>46</sup> procurara decillo a todo el mundo. Y, pues que, en efeto,<sup>47</sup> él ha de salir a plaza,<sup>48</sup> quiero

<sup>39</sup> *de naturaleza... de fortuna*: espirituales, interiores... materiales, exteriores. <sup>40</sup> *recibido*: recibido. <sup>41</sup> *sobre*: supere, sobrepase. <sup>42</sup> *partes*: dones, dotes. <sup>43</sup> *qué días*: desde cuantos días. <sup>44</sup> *me fatiga y aprieta*: me angustia y acongoja. <sup>45</sup> *salir con*: salirme con, lograr, alcanzar. <sup>46</sup> *de industria*: adrede, a propósito, intencionadamente. <sup>47</sup> *efeto*: 'efecto', debido a la vacilación de los grupos consonánticos cultos en la época. <sup>48</sup> *salir a plaza*: saberse, publicarse, difundirse.

que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que, con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura.

»Suspense tenían a Lotario las razones de Anselmo, y no sabía en qué había de parar tan larga prevención o preámbulo; y, aunque iba revolviendo en su imaginación qué deseo podría ser aquel que a su amigo tanto fatigaba, dio siempre muy lejos del blanco de la verdad; y, por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspensión, le dijo que hacía notorio agravio a su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos pensamientos, pues tenía cierto<sup>49</sup> que se podía prometer dél, o ya consejos para entretenerlos, o ya remedio para cumplillos.<sup>50</sup>

»—Así es la verdad —respondió Anselmo—, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfeta<sup>51</sup> como yo pienso; y no puedo enterarme en<sup>52</sup> esta verdad, si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mí, ¡oh amigo!, que no es una mujer más buena de cuanto es o no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla a las promesas, a las dádivas, a las lágrimas y a las continuas importunidades de los solícitos amantes. Porque, ¿qué hay que agradecer —decía él— que una mujer

<sup>49</sup> tenía cierto: estaba seguro, tenía la certeza de. <sup>50</sup> cumplillos: cumplirlos. <sup>51</sup> perfeta: perfecta. <sup>52</sup> enterarme en: estar seguro de, convencerme de, asegurarme de.

sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho<sup>53</sup> que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasión para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que, en cogiéndola en la primera desenvoltura,<sup>54</sup> la ha de quitar la vida? Ansí<sup>55</sup> que, la que es buena por temor, o por falta de lugar,<sup>56</sup> yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento. De modo que, por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinión que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades y se acrisole y quilate<sup>57</sup> en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos; y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma<sup>58</sup> desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo<sup>59</sup> el vacío de mis deseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio<sup>60</sup> dice que ¿quién la hallará? Y, cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinión, llevaré sin pena la que de razón podrá causarme mi tan costosa experiencia. Y, prosupuesto que<sup>61</sup> ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo ha de ser de algún provecho para dejar de ponerle por la obra,<sup>62</sup> quiero, ¡oh amigo Lotario!, que te dispongas a ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto; que yo te daré lugar

<sup>53</sup> *¿Qué mucho...: ¿qué tiene de particular o llamativo...* <sup>54</sup> *desenvoltura*: desvergüenza, liviandad. <sup>55</sup> *Ansí*: así. <sup>56</sup> *lugar*: ocasión. <sup>57</sup> *se acrisole y quilate*: se refine y perfeccione. <sup>58</sup> *sale... con la palma*: obtiene... la victoria. <sup>59</sup> *colmo*: colmado, rebosante. <sup>60</sup> *el Sabio...*: el sabio por antonomasia es Salomón y la pregunta aludida está en *Los Proverbios* (XXXI-x). <sup>61</sup> *prosupuesto que*: presupuesto que. <sup>62</sup> *ponerle por la obra*: llevarlo a cabo, realizarlo.